



Edificio Ermita

Jorge Vázquez Ángeles

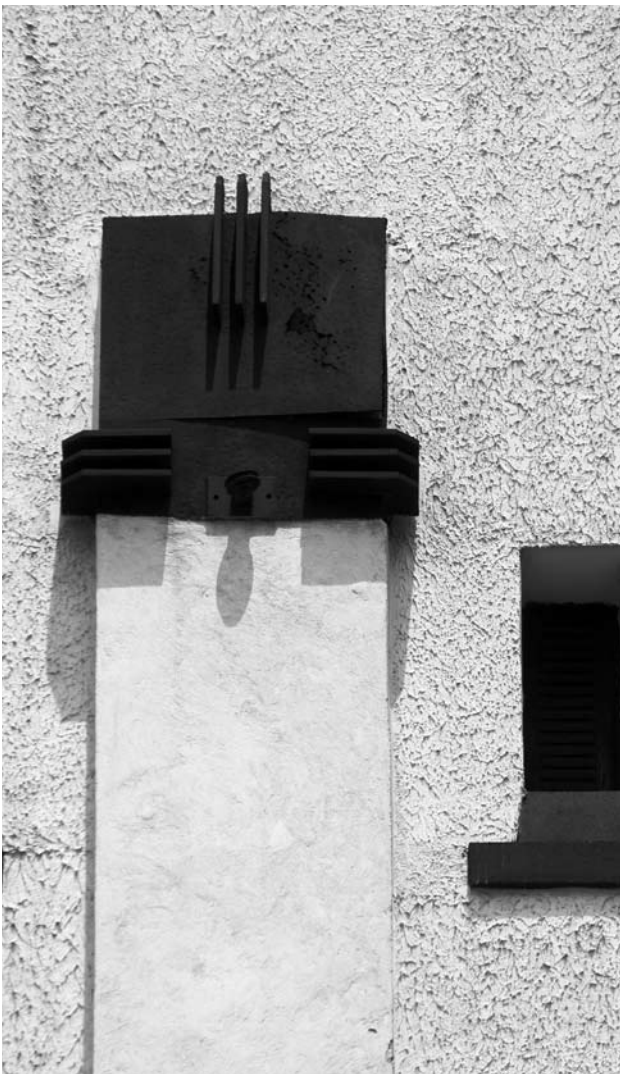
LOS EDIFICIOS QUE TRASCIENDEN a sus autores se convierten en obras anónimas del dominio público. La aparente inexistencia de un autor a quien señalar, otorga a las construcciones el capelo místico que envuelve a las pirámides egipcias, a los templos griegos, a algunos bares de mala nota y un sinfín de casas *non sanctas*. Es el caso del Edificio Ermita, una de las obras más influyentes en la conformación de la arquitectura mexicana del siglo xx, decisivo en la transformación de la ciudad de México. Construido hacia 1930 en el vértice que conforman las actuales avenidas Revolución y Jalisco –su forma trapezoidal es herencia directa de la traza de la municipalidad de Tacubaya, anexada a la ciudad de México en 1928–, a primera vista se nota el paso de los años y la nula cultura del mantenimiento: como muchos inmuebles de la ciudad, a lo largo de sus ochenta años, el edificio ha recibido “manitas de gato” poco afortunadas, que no han podido revertir completamente su deterioro.

A pesar del descuido, el Ermita conserva su carácter de hito urbano gracias a su excelente ubicación que lo vuelve el remate natural del Circuito Interior Revolución. Esta fachada ciega, estropeada por una colosal botella de Coca-Cola que se ilumina por las noches, ha sido diseñada como una columna clásica, con basamento de granito, fuste de concreto con estrías a la manera dórica, y un capitel conformado por tres “aleros” o cornisas. Las tres fachadas restantes mantienen un equilibrio entre vanos y masa, enriquecido por molduras y marquesinas que le restan peso al edificio.

Bajo nuestra óptica contemporánea resulta difícil imaginar el impacto que debió causar la construcción del Ermita, un inusual edificio de siete ni-



Construido hacia 1930 en el vértice de las avenidas Revolución y Jalisco, el Edificio Ermita es una de las obras más influyentes de la arquitectura mexicana del siglo XX



veles, entre los habitantes de un pueblo venido a menos. Conceptos como velocidad, dinamismo o modernidad les resultaban incomprensibles y antagónicos frente a las numerosas reminiscencias de su pasado aristocrático. De entre los escombros del arco de acceso a la propiedad de los Mier y Pesado, adornado con cornisas, peanas, ménsulas y pilastras, comenzó a levantarse una pesada mole construida con materiales extravagantes: acero y concreto. Conforme se elevaba, las voces se oponían a la monstruosa aparición del progreso, que, bajo la apariencia de un poderoso trasatlántico, contendría una sala cinematográfica, locales comerciales en planta baja y tres tipos de departamentos. Nada podía oponerse a uno de los primeros rascacielos de la ciudad de México (el otro era el edificio de la Lotería Nacional, ubicado en Paseo de la Reforma y la calle de Rosales). El proyecto no sólo era un moderno edificio con elevador, servicio de lavandería y vigilancia: se trataba de un conjunto planeado para elevar la plusvalía del enorme terreno en el que los Mier y Pesado disfrutaban sus fines de semana alejados del bullicio de la ciudad de México. En el otro extremo del enorme terreno —prácticamente similar al que ocupa la Alameda central—, cuyo límite es la actual calle de Martí, hacia 1929 se terminaba de construir el Conjunto Isabel, otro edificio plurifuncional de menor escala. Los lotes que resultaban entre estos dos polos elevaron su valor gracias a la infraestructura que obligadamente el Departamento Central debía de introducir conforme estos iban vendiéndose. La audacia inmobiliaria de todo el conjunto, que sentó las bases del mismo principio que articula los centros comerciales modernos (tiendas “ancla” en los extremos de un eje, a lo largo del cual se establecen comercios de menor escala), fue el producto de la visión de un joven arquitecto egresado de la Academia de San Carlos, quien a los 32 años de edad tuvo la oportunidad de desarrollar su talento arquitectónico innato, bajo la premisa de generar ganancias a partir del alquiler de viviendas y apoyar las obras altruistas auspiciadas por la Fundación Mier y Pesado. Se llamaba Juan Segura (1889-1989), nombre ajeno y desconocido

para la enorme población de la ciudad de México, lo mismo que para numerosos miembros del gremio de arquitectos. Se ha dicho que la vida no tiene porque ser justa, pero es inmerecido para Segura no figurar en las listas del *establishment* arquitectónico de México, al lado de otros grandes como Carlos Obregón Santacilia o Francisco Serrano.

¿En qué pensaba Juan Segura cuándo concibió un edificio como el Ermita? ¿Cómo llegó a la conclusión de que encima de la gran sala de cine un extenso patio funcionaría como lobby para los apartamentos de

una sola recámara? ¿Cómo concibió los tres grandes accesos, cada uno a la escala exacta de acuerdo con su uso y función, ya fueran para los inquilinos o para los cinéfilos? Además, Juan Segura, en un moderno afán por revelar los secretos del edificio y su naturaleza constructiva, esclarece cómo se sostiene el claro de la sala de cine: a través de una serie de nueve armaduras de acero, ocultas completamente, que se sugieren por medio del mismo número de placas de acero que sobresalen en ambas fachadas, ubicadas en el gran macizo que envuelve la sala. No sólo se tratan de adornos típi-





cos de las frivolidades del Art decó, sino del uso inteligente e integral de estructura y proyecto arquitectónico, que en conjunto producen armonía. Sin lugar a dudas, Juan Segura fue uno de los más grandes arquitectos mexicanos, que merecería ocupar un lugar más destacado en la historia y sus edificios, al menos el Ermita y el Conjunto Isabel, deberían de conservarse dada su importancia como ejemplos activos de la búsqueda de una identidad arquitectónica propia.

El pasado 27 de abril de 2010, el célebre elevador Otis del Edificio Ermita dejó de funcionar para siempre, ya que una restauración habrá de convertirlo en un modelo que no requiera de un operador para su funcionamiento. En sus ochenta años de servicio ininterrumpido tuvo ocasión de trasladar desde su apartamento en el sexto piso al asesino de Trotsky, Ramón Mercader, lo mismo que a Rafael Alberti, Ana Torroja o a los miembros de la Maldita Vecindad, entre otros célebres habitantes del edificio.

Como tareas pendientes para conocer más acerca del Ermita, habrá que investigar qué fue del vitral multicolor que cubría el gran patio en el cuarto piso, así como las razones por las que el nombre de Diego Rivera aparece en algunas coladeras. Y, obviamente, exigir cuanto antes que una placa deje en claro que Juan Segura diseñó y construyó, en el triángulo de Tacubaya, el Edificio Ermita. 